



Un reto moral y espiritual

A moral and spiritual challenge

■ Este año la Academia Sueca ha concedido el Premio Nobel de la Paz —dividido en dos partes iguales— a Albert Arnold (Al) Gore Jr. (Washington DC, 1948) y al Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (*Intergovernmental Panel on Climate Change*, IPCC). No es la primera vez que este Nobel se concede a alguien que al menos aparentemente nada tiene que ver con la Paz. Ya el año pasado, el galardón, también compartido, se concedió a Muhammad Yunus (Bangladesh, 1940) y al Banco Grameen¹ (pronunciado “gramín”, que en bengalí significa “de la aldea”) por sus esfuerzos para impulsar, a través de los microcréditos, el bienestar económico —y la dignidad— de aquéllos que ocupan los lugares más desfavorecidos de la sociedad global en la que hoy vivimos; colectividad que, por cierto, es todavía muy numerosa: más de 1.100 millones de individuos viven en la pobreza más absoluta, esto es, ¡con menos de un dólar al día! Y en 2004 fue la keniana Wangari Maathai (Nyieri, 1940) la distinguida por su trabajo en favor de un desarrollo sostenible. Pero si lo analizamos con calma veremos que estas decisiones tienen su lógica: la búsqueda de un mundo mejor es un magnífico atajo para consolidar la Paz. Algo así como: salvemos las desigualdades y el clima, y evitaremos muchas confrontaciones. La Academia sueca explicaba su distinción en 2007 con estas palabras: “por sus esfuerzos encaminados a construir y transmitir un valioso conocimiento sobre el cambio climático originado por la acción del hombre, y por fijar los fundamentos de las medidas que hay que tomar para contrarrestar tal cambio”².

Las obras del *Homo faber* poseen hoy —a diferencia de lo que ocurría hasta hace solo dos siglos— una intensidad y una fuerza capaces de interactuar con los elementos que conforman lo que llamamos Naturaleza, especialmente el clima. El cambio climático al que estamos asistiendo es, sin ninguna sombra de duda, un asunto complejo y de difícil estudio; por ello, los políticos reclaman elucidaciones ecuanímes que den razón de las causas de este cambio, sus posibles repercusiones medioambientales y socioeconómicas, y de la bondad de los posibles cursos de acción que de manera constante se proponen. Para ir haciendo frente a estas limitaciones, la Organización Meteorológica Mundial

¹ Véase: www.GrameenFoundation.org.

² Véase: www.nobelpeaceprize.org/eng_lau_list.html#2000.

(*World Meteorological Organization*, WMO) y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (*United Nations Environment Programme*, UNEP), ambas instituciones pertenecientes al entramado de Naciones Unidas, fundaron en Ginebra (1988) el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático. Su misión es evaluar de forma objetiva y transparente la información científica y socioeconómica que se genera en todo el mundo sobre tal cambio. Desde su creación, el IPCC ha publicado periódicamente sesudos informes sobre lo que se conoce acerca de este resbaladizo y delicado tema, que sirven de insumo a planificadores gubernamentales, científicos y técnicos. Sus contenidos, siempre rodeados de polémica, poseen por fuerza un carácter provisional al ser expresión de la gran incertidumbre que rodea todo lo tocante al clima. Su último informe, el *IPCC Fourth Assessment Report*, se presentará en Valencia en noviembre del año en curso.

A diferencia de lo que sucede con Gore, al que no cuesta entender (sus mensajes tienen además *mass appeal*), los informes del IPCC, por lo explicado, no se pueden considerar dechados de claridad. Sin embargo, en cierta manera, el IPCC y Gore forman el tándem perfecto: mientras aquella institución acerca a los técnicos de las Administraciones públicas (y también a los académicos) los inextricables conocimientos que se van acumulando sobre el cambio climático, el ex-vicepresidente hace que los políticos actúen, quizá por el miedo a perder los votos de un público cada vez más sensibilizado con estos asuntos. Y es que, en honor a la verdad, no se puede considerar a Gore un advenedizo en estas lides. Todo lo contrario, su actividad en este campo viene de lejos, recuérdese que ya en 1992 publicó *Earth in the Balance: Ecology and Human Spirit*³, en donde exponía su punto de vista sobre los grandes cambios que deberíamos introducir en nuestra perspectiva ecológica para encarar el siglo XXI. En su etapa de vicepresidente (1993-2001) con Bill Clinton fue un conspicuo adalid del Protocolo de Kyoto (que se abrió para la adhesión de las naciones en diciembre de 1997), aunque finalmente no lo ratificase EE UU al ser rechazado unánimemente por su Senado merced a la conocida *Resolución Byrd-Hagel*. (EE UU y Australia son los grandes ausentes de dicho Protocolo.) Más allá de que se pueda compartir o no los puntos de vista del último Nobel de la Paz, hay que reconocerle —insisto en ello— que no es un impostor; en este terreno y en otros afines su modernidad vence cualquier prueba. No es ocioso recordar que en cierta medida Internet es hoy día lo que es gracias al nervio de este tenaz washingtoniano. Cuenta en su haber el impulso que dio a la *High Performance Computing and Communication Act* (1991) que condujo a la creación de la *National Information Infrastructure*, a partir de la cual —en los noventa— se desarrollaría la red Internet que hoy disfrutamos. Invención que, lo mismo que ocurrió con la escritura, la imprenta, la radio y la televisión, ha abierto en la comunidad humana una enorme ventana a la libertad de pensamiento y expresión.

³ Existe una edición en español: Gore A. *La tierra en juego: ecología y conciencia humana*. Barcelona: Emecé Editores, 1992.

Sería un absurdo creer que todo lo que nos muestra Gore en su documental *Una verdad incómoda* (y en su libro⁴ homónimo) sobre el cambio climático, así como las medidas que propone para su mitigación, son verdades reveladas y, por tanto, incuestionables. Por eso no debe sorprender que en el Reino Unido las autoridades hayan establecido que los escolares puedan ver el documental en los colegios con algunos subtítulos donde se les alerta acerca de inexactitudes e, incluso, exageraciones. Pero no hay que perderse en el laberinto de las anécdotas; lo verdaderamente importante —y que además curiosamente constituye una paradoja— es que Gore ahora, que no tiene poder político, está siendo capaz de hacer más por frenar la contribución humana al cambio climático que cuando era vicepresidente. Su principal virtud está resultando ser la de avivar un estado de opinión que propicia la inclusión de los temas medioambientales en las agendas políticas. (Algo parecido al encomiable trabajo realizado por Bill Gates desde hace un lustro con las enfermedades que devoran al tercer mundo.) Sin embargo, todos estos esfuerzos son vanos si el común de los mortales arrobado por las ominosas consecuencias de la deforestación de la Amazonía o de la fundición de los casquetes polares, sigue bajando la ventanilla de su automóvil y arrojando los envases de sus bebidas a la cuneta, o no quiere enterarse de que tener 24 horas al día funcionando su frigorífico constituye su aportación personal al cambio climático inducido por el hombre (bien sabe el lector que la lista de ejemplos como éstos podría ser casi infinita). En este sentido hay una reflexión de Gore que es muy oportuna como colofón y a la cual, además, no se puede oponer objeción alguna: “La crisis climática no es un asunto político; es un reto moral y espiritual para toda la Humanidad”⁵.

* * *

Al igual que siempre, los que hacemos esta Revista de Humanidades agradecemos a los amables lectores sus comentarios y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de junio.

José Luis Puerta

⁴ Gore A. *Una verdad incómoda*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2007.

⁵ *Al Gore's statement on winning the 2007 Nobel Peace Prize*, en: www.algore.org (acceso: 2-XI-2007).